

Espacio, tiempo y cultura: Encuentros y desencuentros de la memoria prehispánica andina de Venezuela

Niria Suárez de Paredes **

Universidad de Los Andes. Mérida - Venezuela

Resumen

Los aportes de la etnohistoria, la arqueología y la antropología cultural a los estudios históricos se entrelazan, en esta ponencia, con el pretexto de lograr una base de sustentación para las observaciones que, desde el concepto de *imaginario cultural*, realizamos en la zona alta del Estado Mérida-Venezuela. Los encuentros y desencuentros de esos aportes teóricos y metodológicos, dejan paso a la mirada que –desde el presente– confiere a la memoria la posibilidad de registrar una historia residual que pone en evidencia la transformación de los patrimonios tangibles del análisis histórico, en herencias inmateriales legitimadas por el imaginario colectivo por el que fluye una historia paralela que convierte la memoria en acontecer, y este, en un presente continuo, en simultaneidad de tiempos.

Palabras clave: Memoria colectiva. Historia paralela. Historia residual.

Abstract

Ethnohistory, archeology and cultural anthropology help us (historians) to get a solid basis for the study made in highland Mérida from the “cultural imaginary” point of view. Contrast between theory and methodology let us to use –from the present moment– the possibility of a residual history which set up the transformation of historic analyses patrimony.

Key words: Cultural heritage. Groups memory.

* NOTA DEL COMITÉ DE EDITORES: Este artículo se corresponde con la investigación desarrollada por la autora para el Proyecto Código H-648-01-06-B financiado por el C.D.C.H.T. de la U.L.A. El mismo fue presentado a *Presente y Pasado. Revista de Historia* para su publicación en marzo de 2001, la cual fue aprobada después que el Comité de Arbitraje, a comienzos de mayo del mismo año, emitió veredicto favorable en la evaluación del mismo.

** Licenciada en Historia (U.L.A.) Profesora e investigadora adscrita a la Escuela de Educación (Facultad de Humanidades y Educación) de la Universidad de los Andes. Correo electrónico: nriapar@telcel.net.ve

Introducción

El gran sistema montañoso de los Andes Venezolanos aparenta una uniformidad otorgada por su vigorosidad y masividad. Sin embargo a este carácter montañoso se le unen “... climas contrastantes y una vegetación diversa, calcados de los diferentes pisos altitudinales que se suceden desde su base hasta las cimas, para conferirle a este paisaje rasgos tan propios que lo hacen una región natural única en la geografía de Venezuela”.¹

En la región andina existieron antiguas poblaciones cazadoras y recolectoras, cerca de los 200 a.c. Arqueológicamente en la Fase Tocuyano del Valle de Quibor registra la presencia de cultivadores de maíz.

Los sitios de la Fase Carache excavadas por Wagner (1977) tenían una base de subsistencia agrícola complementada con la caza, aunque esta última no era practicada de manera intensiva.

Existía una homogeneidad en la alfarería lo que permite suponer que todas las aldeas compartían una cultura común.

Los datos arqueológicos parecen demostrar que ambas etnias mantuvieron relaciones de cooperación e intercambio de productos agrícolas y manufacturados pero conservaban la definición territorial de sus unidades socio-políticas.

El sitio de la Fase Mikimú en el Estado Trujillo presenta características comunes a una aldea cuyos habitantes se sustentaban de la pesca fluvial y tal vez de la agricultura.

A partir de los siglos IX y X comienzan a aparecer aldeas donde las viviendas estaban asociadas con silos subterráneos y con cultivos en ladera y la utilización de andenes o terrazas artificiales, canales de irrigación y estanques para el almacenamiento de agua.

Según las evidencias, los distintos instrumentos y medios de producción y de los procesos de trabajo ligados a la actividad agrícola artesanal, se localizaban por encima de los 2000 m. de altura donde predominaban cultivos como el maíz, los tubérculos y diversidad de

frutos producto de la recolección arborícola, esto señala una intensificación de la vida social.

La cultura altiandina venezolana estuvo en condiciones de intervenir la naturaleza, es decir, pudo controlar los factores ambientales lo que le permitió desarrollar medios de producción que le permitiera la subsistencia, trayendo como consecuencia la modificación del paisaje natural porque convirtieron en recursos estos factores ambientales para el desarrollo de su fuerza productiva. Formaron un capital agrario con la inversión colectiva de la fuerza de trabajo para la construcción y mantenimiento de las andenerías de cultivo, los estanques y acequias para la irrigación de cultivos.

La región altiandina estaba constituida por distintas poblaciones (arawaks, karibes, betoyes) los cuales mantenían relaciones de cooperación, intercambio o guerreras. Esta región tenía una forma de control social sobre el ambiente natural donde habitaban las poblaciones de la vertiente occidental de Los Andes con patrones de vida aldeana e igualitaria. Los que habitaban hacia el norte y la vertiente oriental alcanzaron formas cacicales o señoriales relacionadas con el control social de la naturaleza e implementación de medios de producción colectivos como los cultivos en terrazas, obras de irrigación, calzadas y conjuntos con obras de terracería.

Existió una influencia marcada de las cultura chibcha y en el área cultural andina, esto se evidencia en las filiaciones lingüísticas estrechas entre aquellos y los Timoto-cuicas, pero posiblemente sus contactos se interrumpieron en los últimos siglos antes de la conquista europea debido a la ocupación de otros grupos con diferentes filiaciones culturales lingüísticas.

El espacio

El área que analizamos es la Cuenca Alta del Río Motatán. Ocupa apenas un 5% del total de la superficie de la cuenca (512.900 ha), ubicada entre el Estado Mérida (Municipio Miranda) y La Mesa en el Estado Trujillo.

La historia

Esta representatividad económico-ambiental, está unida a una formación histórica que a su vez expresa un registro de acumulación de cultura. Históricamente, ubicamos grupos indígenas de vida estable para el momento del Descubrimiento, denominados por la mayor parte de la literatura etnohistórica como Timoto-Cuicas; posteriormente organizados por el orden colonial español en Pueblos de Indios o Pueblos de Doctrina, como fue el caso Timotes, Chachopo y La Mesa, cuya toponimia llega hasta el presente.

La cultura

Culturalmente coincidimos con aquellos estudios que definen el área con la denominación de Patrón Cultural Andino, que le confiere características propias de la zona fría por encima de los 2.000 m.s.n.m.

De manera que estaríamos en un área geográfica de clima frío, con antecedentes históricos de organización socio-laboral estable y una formación cultural apoyada en la domesticación vegetal y animal. Es decir estamos ante **antiguos agricultores**.²

El Patrón Cultural Andino

En esta parte nos apoyaremos básicamente en la obra de Erika Wagner (1979-1988), por considerarla una referencia importante cuando se trata de ofrecer una visión crítico-cualitativa de nuestros orígenes culturales.

Ciertamente, la obra de la citada autora ofrece no solo el registro puntual y sistemático de la arqueología venezolana, sino que aborda el alcance de esta disciplina en tanto que registro confiable para el estudio de la historia prehispánica regional.

En este sentido creemos que la obra apunta hacia la relación interdisciplinaria, o quizás deberíamos decir, complementaria entre la

arqueología y la etnohistoria, para no caer en las consideraciones fragmentarias que caracterizaron los primeros aportes en la disciplina, bien importantes y valiosos, aunque insuficientes para responder a las interrogantes que los mismos trabajos planteaban.

La inexactitud en este caso derivaba de la utilización de las crónicas de viajeros de indias (que ya de por sí eran inexactas), de su interpretación especulativa, pero sobre todo del “... hecho que los primeros autores confundían las unidades lingüísticas, culturales, raciales y políticas...”³

El registro arqueológico

A juicio de Wagner (1988), la redefinición de grupos étnicos se inicia a partir del establecimiento de unidades puramente arqueológicas que se complementan con la dimensión temporal y las relaciones interétnicas que aporta la etnohistoria.

Las unidades arqueológicas se convierten en instrumentos conceptuales para clasificar los sitios que a su vez se agrupan en componentes; los componentes en focos; los focos en aspectos; los aspectos en fases; y las fases en patrones.

El concepto de componente permite identificar “... un sitio o nivel dentro de un sitio culturalmente homogéneo...”⁴

El foco es definido como “... todos los componentes que han producido los mismos tipos de materiales culturales [agrupados] en una clase (foco), a esta clase se le da el nombre de uno de sus componentes, y se caracteriza mediante la enumeración de sus tipos y modalidades”.⁵

La fase se entiende como la agrupación de rasgos cerámicos y no cerámicos repetidos en cada componente.

La utilización de esta metodología evitaría la rigidez formal de las clasificaciones inorgánicas que impiden deslindar diferencias no observables por el registro arqueológico aislado, pero sí desde el enfoque

sistemático. Tal es el caso de las comparaciones realizadas entre culturas locales como Carache y el llamado patrón cultural andino, en el que se observa poca relación entre ellos ya que el patrón general incluye construcciones de piedras, terrazas agrícolas o andenes, silos subterráneos o mintoyes, acequias, plantas cultivadas (papa y yuca), animales domésticos, santuarios, templos, fortificaciones en los cerros, puentes colgantes y momificación. Ninguno de estos elementos fue encontrado por Wagner en Carache, fase que ubicó en el patrón sub-andino de tierra templada por debajo de los 2.000 m.s.n.m.

Por otra parte, el enfoque arqueológico que analizamos en esta parte toma en consideración el factor ambiental. Las elevadas montañas y la ubicación tropical propicia notables contrastes de clima y vegetación, lo que hace bien importante la delimitación de zonas altitudinales a la que tuvo que adaptarse la población aborigen para una mejor comprensión de su desarrollo cultural. De allí la siguiente clasificación:

1. Zona de páramo (no habitada permanentemente).
2. Tierra fría (Patrón Andino).
3. Tierra templada (Patrón SubAndino).
4. Tierra caliente (Patrón Andino Norteño Tropical).

Para este artículo analizamos la población precolombina en la tierra fría, zona localizada entre los 2000 y 3000 metros de altura. Hábitat favorable para asentamientos humanos permanentes, este patrón se caracteriza por construcciones de piedra (terrazas agrícolas, murallas, cercas, basamentos de vivienda y mintoyes); entierros de muertos con objetos votivos, cerámica simple y sencilla; subsistencia basada en el cultivo de tubérculos altiandinos y posible intercambio interétnico.

Los sitios de Chicué, Mesa Cerrada, Mucuyupú de la zona Timotes, cuyos estudios arqueológicos permiten inferir un patrón andino de tierra fría, tuvieron una población relativamente densa. La agricultura de tubérculos y maíz, garantizó la subsistencia. Evidencias botánicas

zoológicas, etnohistóricas y el hallazgo de instrumentos como metates,⁶ hachas, azuelas; permiten el registro de una práctica sistemática de cultivo (agricultura) de tubérculos que sólo se dan en la tierra fría como (*Ullucus Tuberosus*) ruba, timbós, papa lisa, utilizado todavía en este siglo para sancochos y picantes. El *Oxalis tuberosa* (oca, cuiba, huisisai, apio blanco, ibias), utilizado para la preparación de chicha y para el consumo directo. Dado que la preservación de la papa, la ruba y la cuiba es difícil, la evidencia arqueológica se apoya en este caso en el registro lingüístico, lo que hace pensar en la posibilidad de que estos cultivos sean precolombinos por los nombres indígenas que poseen estos tubérculos, arraigados en la dieta de los campesinos andinos, que en estado silvestre es un tubérculo pequeño.

Existe además la referencia de que en los Andes Centrales estos “cultígenos” se procesaban para convertirlos en Chúñu o fruto curado para su almacenamiento. El procedimiento era el curado al hielo en la noche y de día al sol para su deshidratación, práctica que no podía hacerse en los páramos por razones climáticas.

En cuanto al maíz, yacimientos de El Mocoa Alto y la Era Nueva del área de Mucuchíes, se encontraron mazorcas quemadas, pertenecientes a la versión primitiva de la variedad colombo-venezolana pollo; aunque otros estudios como el de Cutler,⁷ afirman que pertenecen a sociedades que se encuentran desde Chile hasta el Norte de México. Ahora, en la actualidad, el maíz no se cultiva en Los Andes venezolanos más arriba de 2400 metros, lo que hace pensar que fue reemplazado prontamente por el trigo. Otra opinión de Wagner, observa que la presencia de maíz en Mucuchíes pudo haber sido producto del trueque con regiones bajas.

Otros frutos silvestres de nombres indígenas en la región son la curuba, cuchuva, michirui y churi.

Evidencias arqueológicas como vasijas trípodes del tipo incensario (braserillo con cadenillas y tapa), abundantes en excavaciones andinas realizadas por Wagner; hacen pensar en el uso del cacao para

finés ceremoniales. Se presume entonces la existencia de un cacao silvestre que luego pudo domesticarse desde México, como lo sugiere Sauer,⁸ quien opina que fue traído por los franciscanos desde Nicoya. En todo caso, el fin ceremonial lo plantea Salas, cuando refiere el cacao como planta ritual de los indígenas de la Cordillera de Mérida, tanto Cuicas como Mucus.⁹

El aporte etnohistórico

Se ha entendido por cultura “... las obras, actividades y conceptos propios de un pueblo; es decir, su cultura material, social y mental, respectivamente...”.¹⁰

La dimensión temporal y visión contextual del registro arqueológico, son aportados por la etnohistoria, al permitir la reconstrucción de aspectos de la cultura inmaterial a partir del inventario arqueológico.

El aporte etnohistórico pionero para el área andina es concepto de “Área Cultural Prehispánica Andina” de Acosta Saignes (1952), que abarca el territorio habitado por los “Timoto-Cuicas”; que en la actualidad corresponde a los Estados Táchira, Mérida y Trujillo.

El Patrón Andino y el Área Cultural Prehispánica Andina de Wagner y Acosta Saignes respectivamente, enumeran los siguientes rasgos:

Agricultura:

- Andenes o catafos (terrazas agrícolas).
- Estanques o quinpúes (tanques o depósitos de agua).
- Sistema de riego.
- Mintoyes (silos o tumbas subterráneas alineados por piedras).

Plantas cultivadas:

• Yuca dulce, Papa, Ruba (?), Michiruy (?), Sani (?), Quiba (?), Micuy (?), Situ (?), Hayo (?), Guaba (guayaba), Tachure (?), Gusare (?), Munse (?), Tisis (?), Figue, Cacao.

Animales Domésticos:

- Paujies (gallina...), Pavos, Tórtolos, Aves de colores. (1987:90).

Ahora, Lares, Jahn y Febres Cordero¹¹ sirven de fuente a Acosta Saignes para afianzar rasgos como los andenes, muy parecidos a los peruanos, de 3 metros de ancho y alienados por piedras.¹²

Acosta S. se apoya en los cronistas para sostener la existencia de estanques o reservorios hechos de barro y alineados por piedras.

En cuanto a los *mintoyes* (pozos alineados por piedras, con una cámara que salía de uno de los lados de la base) se cree que eran entierros, otros los interpretan como silos subterráneos.

En relación a plantas cultivadas y animales domésticos, Acosta Saignes no menciona la fuente, salvo la papa que la obtuvo de Lares. Duda del cacao como producto prehispánico, pero ya hemos referido en el punto anterior otras referencias que sí lo revelan.

La crítica que Wagner le hace a Acosta Saignes, parte de la estaticidad que le impregna al análisis el concepto de área cultural, aunque reconoce que no cae en el error de homogeneizar la caracterización en base a la ecuación rasgos lingüísticos = políticos-sociales-culturales (creencias y religiones), como lo han hecho otros aportes.

Para evitar la rigidez en el análisis, Wagner propone una hipótesis alternativa que combina evidencias arqueológicas y etnohistóricas, tomando en cuenta las variaciones ecológicas de la zona. Esta hipótesis permite inferir que existieron dos patrones culturales andinos precolombinos:

- El Patrón Sub-andino (por debajo de los 2000 m.).
- El Patrón Andino (por encima de los 2000 m.).

Para este patrón se mantienen algunos rasgos del “Área Cultural Andina”, aunque se perfilan los restos cerámicos con mayor precisión. En este sentido describe:

- Construcciones de piedras.
- Entierros complejos y parafernalia ceremonial.
- Cultivo de la papa, oca y olluco.
- Cerámica más tosca que la alfarería de las áreas más bajas.

Formas más simples sin decoración.

En todo caso, aunque la etnohistoria apunte su mirada hacia el patrimonio intangible, observamos que ante la evidencia arqueológica y etnohistórica a partir de los Cronistas de Indias, estamos en presencia de antiguos agricultores.

La visión socioantropológica

La historia de la región andina se remonta a la interpretación de datos arqueológicos y etnohistóricos que reflejan de alguna manera el pasado indígena antes de la llegada de los españoles.

A pesar de los escasos datos para la identificación de los modos de vida se pueden precisar algunos elementos esenciales que caracterizan a los Andes Venezolanos; en él se localizan dos grupos de pobladores aborígenes, los Timotes en las tierras altas (hoy Estado Mérida) y los Cuicas en el área que ocupa el Estado Trujillo. Estas comunidades según los cronistas de indias se caracterizaban por ser productoras, específicamente agricultoras que ya habían sido cultivadas antes de que los españoles llegaran. Estos grupos que habitaron las tierras altas y bajas merideñas y trujillanas no tenían lengua común ni costumbres semejantes pero mantuvieron un estrecho contacto a partir del intercambio de bienes estableciéndose mecanismos de complementariedad económica.

Las tierras de la Sierra Nevada donde tuvo el primer asentamiento la ciudad de Mérida fueron aprovechadas a pesar de su difícil manejo por la altura y escabrosidad, estas eran labradas para la siembra de raíces y maíz para el sustento.

La tecnología empleada en la región fue favorable a cada microambiente y produjo un excelente aprovechamiento del medio, esta

consistía en la construcción de terrazas para aprovechar las pendientes, construcción de estanques para almacenamiento de agua y acequias para distribuirla como canales de riego.

Se cree en la posibilidad de existencia de un Jefe que ejerciera una forma de gobierno para establecer una cierta organización entre las actividades que desempeñaban los pobladores de tal manera que estos cooperan empleando su fuerza de trabajo en obras de uso común (estanques, terrazas y acequias).

Probablemente en Trujillo no haya existido un jefe político sino religioso porque tenían un fuerte control ideológico según la Relación Geográfica de F. Pedro Aguado (1963).

Las evidencias arqueológicas extienden el área de los grupos andinos hasta el piedemonte noroccidental, que comprende las regiones larenses como los sitios Oroche y Sicarigua (Estado Lara), donde se encuentra construido un estanque conocido como Tanque de los Indios el cual parece haber sido construido por aborígenes.

Se puede inferir que el desarrollo y formación de los aborígenes andinos estuvo influenciado por los grupos de la sierra colombiana en cuanto a tecnología agrícola y lengua y también por los pobladores de las tierras bajas debido a la existencia de una red de intercambio que va desde los Andes Colombo-venezolanos hasta las tierras bajas del Estado Lara, este último era un territorio ocupado por varios grupos indígenas de diferentes parcialidades.

Los documentos escritos en la época de contacto con los españoles y otros posteriores definen las comunidades andinas como productoras o tribales con un posible modo de vida aldeano cacical, cuya dinámica social amplía procesos diferentes dentro del mismo marco de desarrollo estructural y por consiguiente se concretaban en diversas culturas que definían y diferenciaban a las distintas comunidades indígenas.¹³

La región andina venezolana es definida como una región cultural compleja e interesante a pesar de la relativa pobreza de datos

etnohistóricos. Comprende, desde el punto de vista cultural, el área de los actuales Estados Táchira, Mérida, Trujillo y el sur del Estado Lara.

El trabajo de Kirhchoff y Metraux,¹⁴ identifica con su nomenclatura la etnia o grupo lingüístico denominado Timoto-cuicas o Timotes, el cual ocupaba parte del área norte del Estado Táchira, el Estado Mérida y las estribaciones del piedemonte oriental y occidental de los Andes, alcanzando hasta los valles bajos al norte de la sierra en los Estados Trujillo y Lara.

Por otra parte, Jahn¹⁵ establece que la región andina estuvo ocupada por un macrogrupo timote subdividido en tres grupos: los timotes, los cuicas y los mocotíes.

Los timotes habitaban la región sur de los Andes venezolanos, en las tierras altas por encima de los 2000 m.s.n.m. y los cuicas, habitaban la región norte de la Sierra de Mérida, incluyendo los actuales Estados Trujillo y Lara en tierras con alturas por debajo de los 2000 m.s.n.m.

Las crónicas españolas permitieron inferir que el dinamismo del poblamiento andino fue producto de una hibridación y superposición de distintas culturas y pueblos con filiaciones lingüísticas diferentes dentro de un marco ecológico particular que se refleja en las plantas cultivadas y en el diseño espacial de las aldeas y viviendas que debían responder a las características de las pendientes y la naturaleza de los materiales que ofrecía el entorno.

La integración indoeuropea: labores y tenencia de la tierra

La tecnología del trabajo campesino andino conocida en el presente registra su origen en la cultura indígena. Es el producto de un aprendizaje acumulado y expresado no sólo en el uso de técnicas e instrumentos ampliamente conocidos en la actualidad (terrazamiento, silos, acequias), sino en la forma de concebir su relación con el ambiente; tal como lo refleja la práctica de las terrazas consistentes en "...cortar la

pendiente en planos sucesivos, aprovechando los accidentes del terreno y la orientación del escurrimiento, se protegían con muros de piedra (...) siguiendo las curvas de nivel y orientando los ángulos aguas arriba; también se construyeron con muros contorneando algún otro elemento del relieve como conos de deyección o planos de origen coluvial".¹⁶

Esta técnica se considera conservacionista ya que al reducir la escorrentía impide el lavado de la capa fértil del suelo, conservando además la humedad del suelo por tiempos prolongados y por tanto permitiendo labores de cultivo de manera más sistemática e intensiva.

Evidentemente, el terrazamiento es un ejemplo de conocimiento acumulado y apropiado ya que necesita de un buen manejo del suelo y de las condiciones del clima, lo que se demuestra en el hecho de que tales obras no presentan un patrón general de construcción, siendo adecuados a las características del medio, llegando a controlar por ejemplo, el grado preciso de escorrentía de forma que no arrastrara o saturara la capa vegetal. Igual destreza ameritó la construcción de acequias y estanques (quimpúes), excavados y conducidos montañas abajo a través de surcos bien calculados o traídos de estanques artificiales, contenidos con piedras.

Según datos ofrecidos por Abreu,¹⁷ el conocimiento y manejo del ambiente no queda allí. Menciona el uso de técnicas de preparación del terreno como el uso de coas para el surcado en la siembra de papa; el manejo del calendario agrícola para el control de las temporadas de lluvia y sequía; así como prácticas de siembra e instrumentos agrícolas.

Como es conocido, en toda la América se cultivaba en forma asociada maíz, caraota y auyama. En los Andes esta costumbre aún se conserva. Quizás de la misma manera como se hace ahora, dos agricultores con sus respectivos mapires donde llevan la semilla van sembrando, utilizando el barretón para abrir los huecos, uno va adelante con las semillas y el otro va detrás con las semillas de caraota siguiendo el mismo surco o línea. De esta manera lo explica Salas:

*“...al venir las primeras lluvias de abril u octubre, con el auxilio de los barretones de madera llamados coas y llevando en la cintura un canasto o mapire para conducir la semilla, procedían a sembrarla, formando los surcos a ojo”.*¹⁸

“El mes de enero es también el de la doble ceremonia de predicción del tiempo en el año, cuyo nombre es “pinta” y “repinta”, siendo la lluvia el fenómeno atmosférico que se observa durante veinticuatro días: se observa en efecto durante los doce primeros días de enero el agua que cae cada día, correspondiendo cada uno de éstos a un mes del año. Según la cantidad y calidad de agua que caiga un día, determinará el campesino el tiempo que hará el mes que se corresponde a ese día. El sabe entonces con anticipación cuando habrá grandes sequías y grandes inundaciones. Del trece al veinticuatro de enero se repite la misma observación, que sirve así de control para la primera, razón por la cual se llama ahora “repinta”. La información acerca del tiempo se completa además en el curso del año mediante la observación de las migraciones de insectos, especialmente las de las hormigas”.

El aporte hispánico viene a ser un factor de acumulación que caracteriza a la cultura campesina de los Andes Venezolanos en el presente. Se introduce el hierro en la fabricación de instrumentos, el arado de madera con punta de hierro, se preservan y estimulan cultivos como papa y cacao y se introducen la caña, hortalizas, cítricos, cereales (trigo y cebada) y leguminosas (habas). Con ellos se introducen técnicas de cultivos como los molinos, las eras, los trapiches, la hoz; así como la extensión en la domesticación de animales como el vacuno, caballo, asno, porcino, ovino y aves de corral. Evidentemente, estas innovaciones que lograron integrarse a las costumbres autóctonas, formaron nuevos sistemas de producción en la fase temprana del orden colonial, como es el caso de las estancias de “pan comer” y “pan tomar”.

a) Los relacionados con las explotaciones de “pan de comer” que correspondían al sistema indígena sedentario, pero ahora explotados de manera más intensiva gracias a la introducción de nuevas especies vegetales como hortalizas, cereales y leguminosas, lo que permitió a su vez alargar el

período de cultivo al implementar la técnica de rotación de cultivos, sobre la base de que diferentes especies utilizan diferentes nutrientes del suelo. De esta manera se alternan plantas más exigentes con las menos exigentes; así como también se aprovechan los suelos en descanso utilizándolos para el pastoreo de ganado vacuno, caballo y asno.

Los instrumentos de labranza son los mismos utilizados por los indígenas pero con terminaciones de hierro, pero ahora se utiliza el arado de madera en la preparación del terreno el cual permite remover estratos más profundos del suelo permitiendo que las plantas aprovechen mejor la capa húmica del suelo. Esto permitió aumentar la productividad de las cosechas, pero el uso indiscriminado del arado en los frágiles y pendientes suelos andinos unido a la intensificación de la explotación, trajo graves problemas de erosión, especialmente en los terrenos donde se sembraba trigo, ya que éste amerita un suelo bien arado para su desarrollo. Otros instrumentos fueron introducidos, unos de uso múltiple como el barretón de hierro muy parecido a la coa indígena pero de punta plana y otros de uso específico a las especies introducidas como las paletas de aventar el trigo, la arveja y otros cereales; el cernidor de seleccionar los granos con ayuda del viento, la hoz utilizada para cortar los manojos de trigo y para rozar, sin embargo, su uso para esta última finalidad no llegó a sustituir al machete de hierro por ser éste más versátil.

En la preparación del terreno también se mantienen las prácticas indígenas, basadas en la fertilización natural del suelo y el control natural de malezas.

Después de un período de descanso se ara la tierra hasta dejar el suelo suficientemente suelto y aparejado y luego se “surquea”. El control de la maleza en la etapa de crecimiento de los cultivos se realiza a mano o con la pala a la usanza indígena. Sin embargo, las prácticas que ameritaban el trabajo colectivo desaparecen, como la construcción de los muros de piedra, terrazas, estanques para el agua (quimpués) y los almacenes de alimento (mintoyes) y comienzan a aparecer otros como las eras y molinos movidos por el agua, aún existentes en algunas fincas andinas.

b) El otro sistema, relacionado con las haciendas de “pan tomar”, corresponde a las plantaciones de cacao, trigo, caña de azúcar y trigo. Todos estos cultivos son llamados frutos mayores y su producción se orientó a la comercialización. La tecnología utilizada en las plantaciones mantiene el esquema indígena en lo que se refiere al cultivo de cacao, tabaco y algodón por ser conocido por los nativos en cuanto a sus exigencias ambientales, ciclo de desarrollo, producción y mantenimiento de la planta. La caña de azúcar y el trigo son cultivos introducidos que se atendieron con la tecnología europea.

Con los cultivos de plantación surge una infraestructura distinta relacionada con el procesamiento, almacenamiento y transporte de la producción al mercado, en su mayoría orientada a la exportación. Entre ellos tenemos los trapiches, las eras y los molinos.¹⁹

Recomposición del sistema de tenencia: la propiedad familiar andina

La recomposición de la tenencia de la tierra a raíz del orden colonial, se deriva de la delimitación de los derechos de propiedad que en favor de los indígenas se establece en 1776 a través de la Intendencia. De acuerdo a las Instrucciones del Intendente Abalos, el “cabeza de familia recibía una porción de tierra para su sustento, no podía ni venderla ni enajenarla y además debía transmitirla obligatoriamente por herencia a sus hijos...”.²⁰

La tendencia hacia la individualización de la propiedad se profundizó en el espíritu de las leyes republicanas, al disolverse los resguardos indígenas y producirse el reparto de las tierras comunales entre las familias indígenas.

Según la interpretación de M.M. Suárez este principio de propiedad individual marcó el carácter de la tenencia y fue un elemento fundamental en el origen de la llamada Finca Familiar Andina. “En los campos andinos emergieron del pasado colonial dos condiciones sociohistóricas que durante

el siglo XVIII y primera mitad del XIX, ampararon en las zonas templadas y frías, el surgimiento de pequeñas y medianas unidades de explotación agrícola. Por una parte, la propiedad individual de la tierra en fincas familiares pertenecientes a descendientes de españoles, puesto que los indígenas habían cedido progresivamente sus tierras en operaciones de compra y venta a la población blanca; y por la otra una mano de obra que si bien había sido liberada de la servidumbre del tributo no era muy numerosa, puesto que la población indígena (...) para comienzos del siglo XIX se habían prácticamente extinguido.²¹

De manera que la herencia colonial surge un tipo muy sui generi de explotación agrícola, de extracción familiar-mercantil, con bajos niveles de reproducción, dedicada fundamentalmente al cultivo de cereales y tubérculos, manteniendo técnicas y prácticas de trabajo de composición indoeuropea pero con una orientación hacia un mercado que la vinculaba al sistema de intercambio agroexportador. Por supuesto, la región no estaba en las mismas condiciones de intercambio que el resto de la Provincia de Venezuela, salvo a partir de 1850, cuando se produce un florecimiento provocado por la explotación cafetalera, que vino a consolidar la Propiedad Familiar Andina, cuya característica esencial se resume en:

“...la responsabilidad máxima del trabajo agrícola era asumida por el padre, cabeza de familia y los hijos varones y solteros desde que estos entraban en la adolescencia. Este era un grupo de trabajo extremadamente solidario que se regía por una estricta autoridad paterna. De acuerdo a las necesidades de trabajo en los diversos momentos del ciclo agrícola, la solidaridad entre padres e hijos residentes en la finca, se podía ampliar mediante la ejecución de intercambios de trabajo individuales o colectivos. La “mano vuelta” o “día prestado” regulaba los intercambios individuales y en virtud de éste género de reciprocidad, la finca podía contar con la ayuda de los hijos casados que habitaban en las cercanías o de otros miembros de la familia extensa, tales como, hermanos del cabeza de familia, primos y cuñados, o sino, con la ayuda de compadres y vecinos que no necesariamente tenían que ser parientes. “Un día para mí y otro para ti”, “yo te ayudo un día y tu me

*ayudas otro día”. Así se expresaba un contrato informal en el que se comprometía el honor, la responsabilidad y el respeto del padre y sus hijos. En el momento que el ciclo agrícola lo reclamase, la finca recibía uno o varios días de trabajo de alguno o varios de sus vecinos y de inmediato, bajo la designación y control del padre, los miembros de la finca debían retribuir estos servicios a las fincas de los demás, igualmente con días de trabajo”.*²²

Conclusiones

Los conceptos manejados en este trabajo: espacio, tiempo y cultura, nos proporcionaron una hermenéutica de la historia que desde una visión aislada de cada uno de ellos, se habría hecho imposible registrar acontecimientos, prácticas y modos de vida no siempre insertados en procesos históricos definidos y reconocidos; por el contrario, se nos presentan como residuos y señas de un pasado que no pasa, de ese transcurrir que se detiene aquí y allá en el habla, en la escucha, en una tradición sustentada más en una costumbre que en una memoria colectiva que la legitime y fortalezca.

Ahora bien, la historia de la historia nos ofrece los datos que cualifican los procesos; no obstante, esos datos parecen interrumpirse en cuanto se interrumpe el hilo histórico “natural”, vale decir, cuando la secuencia se traduce en consecuencia y sobre todo en consecuencia que desmembra, que fragmenta, que dispersa. Surge entonces la necesidad de buscar equivalentes conceptuales que permitan recoger lo que se ha dado en llamar “las migajas de la historia”.²³

De manera que el espacio se tradujo en lugar, el tiempo en recuerdo y añoranza y la cultura en trabajo. Cada uno de ellos expresados en un imaginario gestado en ciclos vitales, cuyo cada inicio es también el reinicio de las pequeñas historias, atadas más que a un pasado a una costumbre que mantiene una memoria fragmentada como los acontecimientos que le dan origen. Aún así, estamos ante una mentalidad; queda pendiente el discurso que le otorgue representación. Es aquí donde la historia oral debe aportar métodos y técnicas para obtener una etnografía del habla

capaz de estructurar el discurso de lo andino mas allá de las determinismos culturales , toda vez que se partiría de lo fragmentado, del olvido y de lo que se expresa en lo vivido, mas que en tratar de ubicar lo que “es expresión de”.

Notas y bibliohemerografía

- ¹ Vivas, Leonel *Los Andes Venezolanos*. Caracas: Academia nacional de la Historia, 1972, p. 7.
- ² Nos referimos a los siguientes sistemas productivos: Hortalizas: Timotes-Pueblo Llano (Miranda). Café: Santa Cruz de Mora-Mesa Bolívar (Pinto Salinas). Ganadería de Altura: Jají (Campo Elías). Fruticultura: Sur del Lago. Agricultura Mixta: Alberto Adriani.
- ³ Wagner, Erika. *La prehistoria y etnohistoria en el area de Carache en el occidente de Venezuela.*, 1988. p. 73.
- ⁴ Willey y Phillips. Cit. por Wagner, Erika. *La prehistoria y etnohistoria en el área de Carache en el occidente de Venezuela*, 1988. p.73
- ⁵ Rouse Cit. por Wagner, Erika. *La prehistoria y etnohistoria en el área de Carache en el occidente de Venezuela*,1988. p.73
- ⁶ Piedra sobre la cual arrodilladas molían las mujeres, el maíz y otros granos, triturándose con un cilindro de piedra. (*Diccionario de la Real Academia Española*. 21 ed. 1992. TII.)
- ⁷ Cit por Wagner, Erika. *La prehistoria y etnohistoria en el área de Carache en el occidente de Venezuela*,1988. p. 210
- ⁸ Cit. por Wagner, Erika. *La prehistoria y etnohistoria en el área de Carache en el occidente de Venezuela*, 1988.
- ⁹ Salas cit. por Wagner, Erika. *La prehistoria y etnohistoria en el área de Carache en el occidente de Venezuela*, 1988. p. 210
- ¹⁰ Rouse, M. cit. por Wagner, Erika. *La prehistoria y etnohistoria en el área de Carache en el occidente de Venezuela*, 1988. p. 89
- ¹¹ Lares, Jahn y Febres Cordero Cit. por Wagner, Erika *La prehistoria y etnohistoria en el área de Carache en el occidente de Venezuela*.1988. p. 197.
- ¹² Aguado, P. *Recopilación historial resolutoria de Sancta Marta y Nuevo Reino de Granada de las Indias del Mar Océánico*, 2 vols. Balboa, Madrid / Barcelona: Espasa-Calpe. S. A. 1930-31.

- ¹³ Azócar, M y Ramos, E. “Modo de vida de los antiguos habitantes de los Andes Venezolanos”, en *Arqueología del Paisaje*. Caracas 2 (1), 1986.
- ¹⁴ Cit. por Ramos en Azócar, M y Ramos, E. “Modo de vida de los antiguos habitantes de los Andes Venezolanos”.
- ¹⁵ Jahn, Alfredo. *Los aborígenes del occidente de Venezuela*. Caracas. Monte Avila, 1973. p. 179
- ¹⁶ Abreu, Angela. *Prácticas Agrícolas en un Sistema campesino Andino: El Páramo de Mariño*. Mérida: U.L.A. Escuela de Geografía (Tesis de Maestría), 1981.
- ¹⁷ *Idem*.
- ¹⁸ Salas, Julio César citado por Abreu, *Ob. Cit.*
- ¹⁹ Abreu, *Ob. Cit.*, p. 46.
- ²⁰ Suárez, Maria M. “Cambios en la Economía Agraria de los Andes Venezolanos”, en *Acta del XLII Congreso Internacional de Americanistas*. París. Vol 1, 1978; p. 439.
- ²¹ *Ibid*, p. 441.
- ²² *Ibid*, p. 443.
- ²³ Le Goff, Jacques, *Hacer la Historia*. París. Gallimard. 1974; p. 86.



La Musú. Estado Mérida